

LA AZUCENA

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.

Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite á la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
Calle de San Sebastian, Núm. 75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripción.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripción por trimestre.

MESA REVUELTA.

El último tramo de la calle de San Sebastian, junto al ex-polvorin de idem, no cuenta con aceras ni empedrado. Esto ofrece sus inconvenientes, sobre todo en los días de lluvia, para los vecinos y transeúntes: no hay zaguan que pueda estar limpio.

Pregunta. ¿Por qué razón ó sinrazón no ha de gozar aquel trozo de semejante ventaja cuando la disfruta el resto de la calle?

En estos últimos días se ha notado en nuestras calles cierta animación... gastronómica. Por donde quiera anuncios tentadores de la gula.

Una voz. Que Cristo ha nacido!

La humanidad en coro. Cenemos, cenemos!

Llegó Noche buena
y el mundo ha cenado:
ya puede su bola
seguir vueltas dando.

Tal es el anuncio que llega de todas partes.

Por supuesto: los comunicantes omiten decirnos si en cuanto á cena, hubo algunos que quedaron in albis; pero así suele acontecer: los estómagos satisfechos toman la voz de todo el mundo para cantar el hosana.

¡Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra, buena digestion á los que hayan cenado!

Esto diría Torcuato, quien no habrá dejado de tener compañero en su manera de celebrar la venida del Salvador.

Eran las doce de la noche, y el pobre Torcuato había acudido á la Iglesia en son de buen católico. Oyó su misa con tanta devoción como el primero.

Con mas devoción que Don Canuto el gastrónomo que entre rezo y bostezo recreaba su mente con el pavo, el jamon y la docena de pasteles que se proponía devorar al volver á su casa.

Con mayor recogimiento que Mariquita que se estremecía de fruicion al imaginarse la noche de palique que iba á pasar con su Amadis en llegando á su casa y con pretexto de la cena.

Con mayor decencia que la de todos aquellos para quienes la iglesia suele ser un teatro.

Torcuato, el pobrecillo, dió en el templo á su alma aquella noche todo el pasto espiritual posible, como que no tenía cena con que preocuparse.

Cumplida ya su devoción cristiana, recordó al salir de la iglesia que no tenía con que satisfacer la devoción del estómago vacío desde por la mañana; y como el apetito es contagioso y la contrariedad vivo acicate que le estimula y desarrolla, sentía vértigos de hambre y debilidad. ¡Qué pesadumbre, qué reflexión amarga, qué tristeza del bien ageno cuando vió que todos los fieles salían de la iglesia con semblante risueño y con esperanza de devorar!

La despensa, era mueble desconocido en su casa; los bolsillos eran la demostración palpable del vacío.

Dióse á recorrer las calles de la animada ciudad, contemplando aquellas fisonomías tan alegres por aquello de barriga llena corazon contento, y tan risue-

ñas y espirituales á causa de la animación que dá al Espíritu el contacto de otros espíritus,

¡Y qué olores tan culinarios y tentadores salían de casa en casa, y que jueguecitos de prendas y cuanto alegría!

Cansado de andar y de oler, cosas ámbas sobrando aparejadas á la exaltación del apetito, que ya no era en él hambre sino fiebre, enfermedad, *eliogabalismo* que tomaba humos de antropofagia, metióse en su desvan á fin de evitar las tentaciones. Una de estas fué la de colarse de rondón en la primera casa y *velis nolis* convidarse y devorar... Otra, y esta era la mas horrible, fué la de conerse vivo al primer transeúnte con que topase. Santiguóse mas de una vez creyendo que el diablo se le había metido en su estómago vacío, y desde allí le inspiraba tan horribles intenciones.

Una vez en su morada, comprendió que no le quedaba otro medio que el de acudir á la idealidad para salvarse de aquel canibalismo que se había apoderado de su ser. Lo ideal ¿no es la esencia de las cosas?

Acudió entonces á un rincón de su aposento, y sacó de allí un centón de anuncios que días antes y como á manera de sarcasmo, le habían repartido en la calle.

En ellos se leían los nombres de las mil municiones de boca con que los almacenistas amenazaban á los estómagos, con motivo de la noche, que algunos llamarán buena, por algo que no será precisamente lo que representa.

Hecho esto, encendió un *cabo de vela* allí trasapelado, y leyó todos aquellos anuncios como quien se saborea. Entonces recordó que algunos amantes para soñar con su amado objeto, suelen plantarse sobre el corazon á guisa de amoroso sinapismo, un chapin viejo de aquel; y acostóse haciendo lo mismo con todos aquellos papeles, pero no sobre el corazon sino sobre el estómago, procurando dormirse y soñar!...

La vida ¿no es un sueño?

Lo ideal ¿no es la esencia de las cosas?

Don Simon y Doña Elvira
con motivo de las pascuas
trágico fin han tenido
¿cómo el de pavos y latas?
no señor que se han casado
para mejor celebrarla.

Llegó pascua y llegó Reyes
llegan ya los aguinaldos
regalitos y jaleas
mofongoito y manjablanco,
de bailes ocasion grata
y de andarse por los campos
en octava y octavita
salgo acá y allá me zampo,
en holganza y merodeo
sin cuidarse del... trabajo.

Y qué ¿atacas las costumbres
de tu pueblo, renegado?
Las costumbres sin son buenas
conservarlas, si son malas
bueno es ir las alterando.

A propósito de Aguinaldos, Gonzalez publicó uno por primera vez en este año y se promete seguirlos dando á luz en los sucesivos, con igual esmero y copia de datos y amenas composiciones.

La Imprenta de Sancerit, acaba de publicar también el suyo en que figura el tradicional mago, y no menos rico que aquél en datos curiosos y agradables composiciones en prosa y verso.

El drama de Calderon *El Alcalde de Zalamea*, ha sido puesto en escena por la compañía del Sr. Valero, entre las representaciones de este abono. Aquella bellísima obra, digna del gran poeta que la posteridad honra como le honraron sus coetáneos y que es el mas profundo de nuestros dramaturgos, sería la primera de aquel ingenio insigne si no hubiera escrito la "Vida es sueño."

Su ejecución fué buena como suelen serlo las de esta compañía.

En *La Escuela de las coquetas*, traduccion de Don Ventura de la Vega, que como la mayor parte de las hábilmente urdidas comedias de Scribe, es una lucha de audacia y travesura entre dos de sus personajes; todos estuvieron bien, y la Cayron á la perfeccion.

Toreuato no pudo asistir por falta de monises á la funcion de noche buena. El pobrecito, ya que no cenó por la *sindemiritis* vulgo *yuca* que le agobiaba, se habría divertido mucho con la funcion. Esta no pudo ser mas apropiada á la noche, que segun costumbre, debe ser *guasona* en el teatro, alegre en el templo, bulliciosa en la calle y comilona en casa.

Respecto del drama *Margarita de Borgoña*, que acaba de ponerse en escena, recuerden nuestros lectores, si gustan, el magnifico artículo que consagró á la primera representacion de este famoso drama el inolvidable Larra, con quien estamos acordes en casi la totalidad de sus inmejorables criticas de teatro.

Copiaremos sin embargo los párrafos siguientes:

"Los ascos que muchas gentes hacen á los horrores del teatro semejan á los que hacen á los toros multitud de personas que vemos sin embargo en ellos. La prueba es que los Sres. clásicos que reconvienen á los románticos de amigos de crímenes, no se acuerdan de que su teatro clásico es un puro crimen, porque al fin ¿quién es Medea y quién Edipo? ¿Qué gente es toda la familia de Atreo? Donde se pueden encontrar criminales mas feroces, donde los envenenadores y los asesinos con mas frecuencia que en las familias de reyes y príncipes, monopolizadoras exclusivas de la tragedia clásica? "Oh! No se puede venir al teatro. *La tour de Nesle! El incesto, el adulterio, el parricidio!* ¿Y qué es Edipo y Jocasta? ¿Qué es Fedra? ¿Qué es Neron sino un envenenador, sino la Lucrecia Borgia de Racine y del teatro clásico?"

"Parcialidad nada mas y miseria en los juicios de los hombres. Cuando esos horrores no son verdad, entonces los recusaremos; cuando estén mal marejados, mal presentados, entonces daremos la razon á los enemigos del género: entre tanto nosotros admitimos los géneros todos y todas las escuelas."

JUICIO DEL AÑO DE 1875.

Venus preside l'année
pues no digo, mis lectoras,
la mujer que por lo bella
llamaron los griegos "Diosa"
Amores habrá á porrillo
y novios habrá de sobra:
las bonitas ya se sabe;
lo tendrán hasta las bobas,
hasta las tuertas y feas,
hasta las mancas y cojas;
porque siendo Doña Venus
del año nuevo patrona
¿cómo no habrán de reinar
en siendo mujeres, todas?
Empero adios *polisones*
que os truecan en tinajonas;
porque Venus, la de Milo
y Médicis no son gordas
ni tienen de pavos reales
tan amplias y huecas colas.
En esto esposos y padres
no harán cual hoy bancarrota

por gastar en un vestido
lo que una fragata en lona;
pues Venus poco gastó
segun nos dice la crónica;
y á las griegas una túnica
y clámide magestuosa
bastaron sin alterar
de su belleza las formas

Reinará pues la hermosura
sin tanta postiza cosa
y Cupido reinará
y de amor cegarán todas,
y aunque á decir la verdad,
gobernásteis hasta ahora,
sereis mas reinas aun;
y los hombres vuestra gloria
envidiando, llevarán
en vez de sombreros, cofias.

Harto sé que las escuetas
lamentarán las reformas;
pero dejad que en volados
ó azucarillos de á onza
se trasformen las enjutas,
al grito de Venus sordas.

También quedarán cesantes
de pelo esas grandes gorras
que peluqueril industria
os puso en són de écorzas;
pues Venus, no de postizos,
tan solo gastó una moña.

Y estareis mas atractivas
y habré galanes de sobra
y calabazas dareis
al lucero de la aurora;
sin que el epigrama sirva
de consuelo á la derrota
de los galanes burlados
cual suele pasar ahora.

LA CORONA DE FLORES.

Habrà algunos días que estuve en el estudio de un artista amigo mio, Oller, distinguido pintor Puerto-ri-queño á quien todos conoceis.

Entre la coleccion de vistas, en que tanto luce la belleza de nuestros campos tropicales, debidas á las numerosas escursiones que con la idea de practicar aquellos estudios ha verificado en nuestra Isla, se fijaron mis ojos en un retrato pequeño colocado en un ángulo de la sala.

Era de una jóven, blanca como el alabastro, adornada de largos y negros cabellos que trenzados con negligencia, caian sobre sus espaldas. Ceñala la frente una corona de flores; pero aquella frente era mas pálida que blanca: sus grandes ojos entreabiertos lanzaban una mirada lánguida y sin brillo, y la sonrisa se mostraba en sus labios tan pálida como su semblante.

Original era el conjunto, pues en aquella corona de flores, en sus negros cabellos y en el aspecto festivo, mezclado con un sentimiento inesplicable, no diré de tristeza, pero sí de sufrimiento, existía algun misterio, algo que yo no acertaba á comprender. Seguramente el alma del pintor había sufrido mientras la mano pintaba.

Hubo éste de notar sin duda el interés con que observaba yo el cuadro, y tocándome en el hombro me dijo:

— ¿Te llama la atencion ese retrato?

— Sí, y á la verdad que no lo comprendo, por que en todo él solo las flores manifiestan alegría. Cuando lo hiciste, de seguro que no pensabas en una jóven adornada para un baile.

— Oh! no, no es eso, amigo mio; el asunto de ese cuadro es muy triste, y lo que me recuerda, lo es mas aún.

Yo ví por la primera vez á esa jóven en Ponce; era huérfana, y vivía confiada á los cuidados de una anciana tia. Á pesar del brillo de su juventud, se descubría á veces en sus mejillas cierta palidez, indicio de la cruel

enfermedad que insensiblemente la iba consumiendo. Uno de mis amigos Arturo D.*** me presentó á ella. Ah! era una criatura encantadora, dotada de talento, de expresivo mirar y de tanta gracia en la conversacion, que me parecia cada vez mas seductora. Díjome Arturo, que se conocian desde la infancia, y que existia entre ambas familias el proyecto de unirlos en casamiento.

Al año siguiente volví á verles en un baile; cuando entré en el salon danzaban juntos. Si la hubieras visto entónces, ¡cuán adorable estaba! ¡Cómo se leía en el esmalte de su fisonomía, en el fuego de sus ojos y en la dulzura de su sonrisa, lo grata que le era la existencia! Los diez y seis años brillaban sobre su frente de virgen mas que la corona de flores enlazada á sus cabellos!

Acérqueme á ella, despues de la danza, y la dije:

—Señorita, tengo mucho gusto en ver á U. tan establecida de sus males.

—Mil gracias — me contestó ella — los baños de rio me han probado en extremo; si mi tía, añadió sonriendo, no me repitiese diariamente que he estado enferma, á fin de impedirme bailar, ya no me acordaría.

Al día siguiente salí para esta Ciudad.

Algunos meses despues de aquella noche, vino Arturo á despedirse de mí, negocios de importancia le obligaban á emprender un viaje á Europa, y su marcha era indispensable.

Ya habia trascurrido un año poco mas ó menos, desde la partida de Arturo, cuando una tarde, cerca de las seis, me fué entregado un billete que contenia estas palabras:

“La Sra. de V.*** suplica al Sr. Oller se sirva venir á su casa con todo lo necesario para pintar; le agradecerá sumamente no pierda un instante.”

Bien puedes calcular que á tal llamamiento no debí resistir; así pues, tomé mi caja de colores, mis pinceles y un breve lienzo y me dirigí inmediatamente á la casa de donde me llamaban.

Como estábamos en Diciembre, cuando llegué, ya era de noche. Recibíeme una Señora anciana, y conduciéndome á una alcoba me dijo en voz baja:

—Entre U., caballero; pero por Dios, no haga U. ruido: el mas insignificante le causa mucho mal.

Así lo hice; entré, amigo mio, y lo que presencié jamás podré olvidarlo, jamás.

Era el cuarto de una jóven. Largas cortinas blancas cubrian las puertas de los balcones. El lecho estaba á su vez colgado de fino cortinaje, por el que se entreveia un crucifijo de marfil, colocado sobre un fondo de terciopelo carmesí. Apenas hube dado algunos pasos, cuando escuché una voz débil y trémula que dijo:

—¿Es él?

—Sí, respondió la anciana.

Acérqueme al lugar de donde salia la voz y el espectáculo mas triste y conmovedor se presentó á mi vista.

En aquel lecho descansaba una pobre jóven, una belleza consumida por el sufrimiento, cuya mirada triste, gastadas mejillas y palidez mortal indicaban que la vida se despedia de aquel cuerpo. Al verla sentí helárseme el corazon.

Era la bella que habia visto en Ponce; y á no decirme su nombre, imposible me hubiera sido reconocerla: tal estrago habia hecho en ella el mal que la devoraba. ¡Dios mio, por que tan pronto marchitaste flor tan bella y tan lozana!

—Mucho agradezco la venida de U. — me dijo al verme, — tendiéndome la mano humedecida por un sudor febril. Le hice llamar por que recordé felizmente que es U. amigo de Arturo, y que nadie mejor podria servirme en este caso. Ya sabrá U. que Arturo, á la vuelta de su viaje, debia ser mi esposo, si la voluntad de Dios lo hubiera querido; ella dispone lo contrario y yo acato sus decretos, me resigno sin murmurar y bendigo su nombre. Ah! pobre Arturo, ya no le veré mas! Cuando vuelva, ya no estaré aquí; quien sabe donde estaré! Sí, conozco esta verdad amarga y no

quiero abandonarlo sin dejarle un recuerdo de mi amor.

Y dirigiéndose á la anciana, añadió: ¡luces, mi buena tía. Este cuarto está demasiado oscuro.

—¿No sabes que la luz te hace daño? repuso ésta.

—Pero es preciso — replicó ella con dulzura, es necesario que el Señor vea para pintar.

—Señorita, le dije yo, á todas horas me tiene U. á sus órdenes; puede U., si gusta, elegir otra que le sea menos molesta.

—Esperar!.... repitió la enferma interrumpiéndome; no puedo amigo mio, no puedo.

—Seria mejor aguardar á que estuviese U. restablecida, por que esto quizás agrave su enfermedad.

—Ah! comprendo, repuso ella, U. no se atreve á trazar esta fisonomía pálida y ajada por los sufrimientos. Tiene U. razon, es un recuerdo muy triste para dejarlo á un amante..... Pero, aún puedo sonreír, mis descoloridos labios no se negarán á ello.

Al decir esto, quitóse la cofia que abrigaba su cabeza, haciendo que su larga cabellera destrenzada cayese sobre sus espaldas.

Querida tía, vén y trenza mis cabellos como lo hacias otras veces, cuando yo iba á los bailes, cuando la vida me brindaba sus placeres.

—Pero..... repuso la anciana vacilando.

—Ah! te lo ruego — replicó ella con voz dulce y temblorosa á la vez, juntando sus descarnadas manos en señal de súplica, con expresion tan dolorosa, que la pobre señora sin responder una palabra, se puso silenciosamente á trenzar los cabellos de la paciente, mientras que dos gruesas lágrimas surcaban sus arrugadas mejillas. Entónces una débil sonrisa pareció asomar el rostro de la enferma.

—Está bien así, dijo al cabo de un momento, así era como estaba..... Tía, dame ahora la corona de flores que no he vuelto á ponerme desde que él partió, y acércame ese espejo.

Al llegar aquí, Oller se detuvo en su narracion, este recuerdo parecia conmover mucho su alma.

Despues de algunos minutos de silencio, continuó:

—Ah! qué espectáculo aquel tan desgarrador! Imaginate una jóven próxima á morir, pálida, ajada, casi sin fuerzas para moverse, minada por la fiebre mortal, colocando sobre su cadavérica frente una corona de flores que entretegia con los bucles de sus cabellos! Si la hubieras visto como yo, incorporada delante de mí con aquella apariencia de gozo que, tan amargo contraste producía con cuanto la rodeaba! Si la hubieses visto procurando dar á sus místicos ojos el brillo que tenian otras veces, y á sus descoloridos labios una sonrisa que ocultase su padecimiento! Ah! no lo dudes: la sangre de tus venas habria dejado de correr.

—Estoy bien así? preguntóme con voz entrecortada; no pude contestarle, las lágrimas hubieran ahogado mis palabras. Y tomando maquinalmente los pinceles, sin saber lo que hacia, púseme á pintar. Mi mano temblaba como mi corazon, mientras que ella sostenida por su deseo, por su amor, se mantenía inmóvil ante mí. Á veces se notaba por la contraccion de su fisonomía, la terrible violencia con que se dominaba, y la debilidad de sus miembros que á su pesar se doblaban por no poder soportar el peso de su cuerpo. La infeliz temblaba, pero sus labios sonreian siempre por no desmentir el brillo de las flores que la coronaban. Á vista de tanto sacrificio, de tanto padecer, no podia yo dar ni una pincelada: ella me excedía en valor, el mio me habia abandonado.

—Señorita, la dije varias veces, U. sufre demasiado, está fatigada, descanse un instante.

—No..... no, respondió con acento tan débil que apenas llegó á mí. No deje U. los pinceles..... yo tengo fuerzas todavia..... pero pinte U. pronto, amigo mio, pronto.

Y la pobre, comprimida convulsivamente con sus débiles manos el cobertor de su lecho enderezando su cuerpo moribundo; pero sonriendo siempre..... siempre sonriendo!

Seguí entónces mi trabajo. La lucha de aquella desdichada con su enfermedad era sublime; era la vida del corazón que dominaba la del cuerpo, y cuando sus trémulos labios cesaban de sonreír, solo murmuraban estas palabras: pinte U. pronto. . . . pronto.

Al fin vino un momento en que la fuerza y la vida le faltaron á la vez: su cabeza se inclinó sobre su pecho y la corona de flores rodó por el suelo. El pincel se me escapó de la mano, lancé un grito involuntario, y me precipité hácia la joven. ¡Estaba muerta!!

Á mi grito acudió la anciana que desde un rincón del cuarto presenciaba esta lucha entre el amor y la muerte.

Oh! Dios mío! dijo, todo se acabó! y el llanto inundó su gastado rostro.

Yo quedé algunos minutos estático; despues me arrodillé, mientras que la buena anciana cubría con un velo blanco las facciones de la infeliz á quien la vida acababa de abandonar; y sin poder reprimir mi llanto me alejé rápidamente de aquella escena de dolor, llevándome mi empezada obra.

Oller cesó de hablar sellando con una lágrima el fin de su desgraciada historia.

¿Y Arturo? le pregunté.

Calla, replicó, lo que me queda por contar no es lo menos triste de este amargo recuerdo. Hace quince días que Arturo vino á verme, apenas volvió de Europa. No me atreví á hablarle de este triste acontecimiento por temor de afligirle; pero él tampoco se acordó de hacerlo; solo al cabo de bastante tiempo y despues de haberme estado refiriendo las agradables impresiones de sus viajes y ponderando los bosquejos que había traído, se interrumpió y me dijo: Ah! no sabes que la pobre Elodia á quien conociste en Ponce ha muerto? Infeliz criatura, era muy joven todavía! Y siguió hablándome de su viaje y de los nuevos cuadros que veía en mi gabinete, por fortuna no percibí este retrato: yo hubiera sentido en el alma tener que dárselo; oh! nunca! esto hubiera sido una profanación.

(Arreglado para La Azucena.)

EXTRACTO DE LA DIVINA COMEDIA.

El infierno de Dante es una vasta, cuenca, una pirámide invertida, un embudo cuya mayor anchura está en la superficie de la tierra y lo mas estrecho en el centro de ésta.

Nueve grandes círculos dividen el susodicho embudo, en cada uno de los cuales se paga un género de delito diverso y alguno de los cuales se encuentran subdividido en tantas particiones cuantas son las especies del punible pecado. Restringense los círculos al aproximarse al centro de la tierra, y en razon inversa de su circunferencia son los tormentos. En el fondo del embudo está Luzbel, como base y sosten de todo el edificio infernal.

Dante, pasado el punto hácia el cual gravitan todos los cuerpos, baja hácia los antípodas, no descubiertos entónces, y coloca su purgatorio que viene á ser como una montaña altísima y cuasi piramidal, dividida en siete planos circulares, (*gironi*) lugar de las almas. Sobre el sétimo y último plano (*gironi*), en la cima de la montaña, está el famoso jardín de Eden.

El punto mas alto de la montaña es el perfecto antípoda de la Ciudad de Jerusalem; de modo que tirando una línea recta desde la Ciudad de Jerusalem al Paraíso terrenal, esta línea pasaría por el centro de la tierra y por el de todos los círculos del Infierno y todos los del Purgatorio.

Fuerte y profunda idea la de poner el lugar del primer pecado en el punto diametralmente opuesto al lugar de la Redención.

El poeta al comenzar su obra ó mejor dicho, su viaje, se encuentra.

Nel mezzo del camin di nostra vita
es decir, en la edad viril.

mi ritrovai per una selva oscura,
che la diritta via era smarrita

La selva oscura parece aquí el emblema de una vida ociosa y turbada por las pasiones, en que reconoce haberse extraviado.

I' non so ben ridir com'io v'entrai,
tant'era pien di sonno in su quel punto
che la verace via abbandonai

sin poder decir cómo había entrado allí: tan dormido ó lo que es lo mismo, tan descuidado del bien y la virtud se hallaba en el momento en que se extravió.

Se le aparecen varias fieras, símbolos de otras tantas pasiones que quieren devorarle y aumentan su pavor; pero viene en su auxilio el Cisne Mantuano Virgilio, quien despues de dárselo á conocer, le dice:

Ma tu perché ritorni á tanta noia?
perché non salí il diletto monte
ch' é principio e cagion di tutta gioja?

¿Por qué te has abismado en el valle funesto, por qué no subes al monte delicioso principio de tanta alegría? Es decir, asiento del bien y la virtud?

Cuan bellas son entónces las palabras de Dante, lleno de entusiasmo al reconocer á su maestro, al maestro de los poetas del vecino renacimiento!

O degli altri poeti onore e lume
vagliami 'l lungo studio e 'l grande amore
che m' han fatto cercar lo tuo volume

Tu se' lo mio maestro e 'l mio autore:
tu se' solo colui da cui'io tolsi
lo bello stile che m' ha fatto onore

“Oh tú que eres de los demas poetas honor y luz: válgame el largo estudio y el grande amor que me han hecho recorrer tu libro. Tú eres mi maestro y mi autor: solo á tí debo el bello estilo que tanto honor me ha hecho.”

Virgilio le anima contándole que Beatriz (la Teología segun unos, la Iglesia segun otros, y el Arte ó la Poesía segun algunos, sin que por esto deje de aceptarse que puede ser símbolo de aquel amor de que el mismo poeta nos habla en otras obras suyas ó la imagen de aquella Beatriz de Portinari, encanto y sueño de su juventud). Virgilio le refiere, pues, que Beatriz le ha enviado en su socorro, y le conduce luego al reino de las sombras, en donde

queste parole di colore oscuro
vid' io (Dante) scritte al sommo d'una porta:

Per me si va nella città dolente;
per me si va nell' eterno dolore;
per me si va tra la perduta gente:
Giustizia mosse 'l mio alto Fattore;
fecemi la divina Potestate,
la somma Sapienza e 'l primo Amore.

Dinanzi a me non fur cose create,
se non eterne; ed io eterno duro:
lasciate ogni speranza voi che' entrate.

“Por mí se vá á la ciudad de los dolores; por mí se vá á las eternas agonías; por mí se vá á donde están los condenados.”

La justicia, el divino poder, la suma sabiduría y el primer Amor, fueron el móvil que tuvo mi alto Hacedor para crearme.

Antes que yo nada existía, fuera de los seres de eterna substancia, y yo soy como ellos porque soy la eternidad: al entrar aquí perded toda esperanza.”

Tras de aquella puerta se halla el río Acheronte, mas allá del cual comienza el Infierno; y en aquel círculo sufren tormentos horribles las almas de los perezosos, cobardes ó egoístas: aquellos de quienes dice Virgilio á Dante:

questo misero modo
tengon l'anime triste di coloro
che visser senza infamia e senza lodo
Mischiate sono a quel cattivo coro
degli angeli che non furon ribelli,
né fur fedeli á Dio, ma per se foro

"Esta miserable suerte pesa sobre las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer la infancia ni la loa, mezclados aquí con aquel perverso coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles á Dios, y que no estuvieron sino por sí mismos.

Cacciarli i ciel per non esser men belli,
né lo profundo inferno li riceve,
ch'alcuna gloria i rei avrebber d'elli.

El Cielo los ha lanzado para no impurificarse con ellos y el profundo inferno los rechaza para no reflejar nada de la gloria:

Questi non hanno speranza di morte:
e la lor cieca vita é tanto bassa,
che'nvidiosi son d'ogh'altra sorte.
Fama di loro il mondo esser non lassa:
Misericordia e giustizia gli sdegna.
Non ragioniam di lor, ma guarda e passa.

"Estos no tienen esperanza de morir; su existencia oscura es de tan baja esfera que envidian cualquiera otro destino. El mundo no ha conservado su recuerdo: la misericordia y la justicia les desdeñan. No hablemos mas de ellos, miralos y pasa."

Entre el río Acheronte y la laguna Estigia están comprendidos cinco círculos: primero, el limbo: segundo, los lujuriosos: tercero, los glotones: cuarto, los prodigos y avaros: quinto, los iracundos.

En el segundo círculo coloca el Dante á Francisca de Rimini y á su amante Pablo: que constituyen uno de los mas bellos episodios de la trilogía Dantesca. (*)

Quali Colombe dal disio chiamate,
con l'ali aperte e ferme al dolce nido
volan per l'aer dal voler portate.
Cotali uscir della schiera ov'è Dido,
a noi venendo per l'aer maligno;
si forte fu l'affettuoso grido.
O animal grazioso e benigno,
che visitando vai per l'aer perso
noi che tignemmo 'lmondo di sanguigno;
Se fosse amico il Re dell'universo,
noi pregheremmo lui per la tua pace,
po' ch'hai pietá del nostro mal perverso.
Di quel ch'udire e che parlar vi piace
noi udiremo e parleremo a lui,
mentre che 'l vento come fa si tace.

"Como dos palomas movidas por un mismo deseo se lanzan hácia su dulce nido y hienden el aire de un mismo vuelo con alas firmes y desplegadas, las dos sombras separándose del grupo en que estaba Dido, atravesaron el maligno aire: tanta atracción tuvo para ellas mi afectuoso llamamiento.

— Ser benigno y compasivo te dignas visitar en la atmósfera oscura á los que hemos enrojecido la tierra con nuestra sangre?

Si fuésemos amados del Rey del Universo le rogaríamos por tu reposo, ya que has tenido piedad de nuestro amargo sufrimiento.

Habla te escucharemos ó te hablaremos de lo que te plazca saber, mientras que el viento cese de mugir."

"Siede la terra dove nata fui
su la marina dove 'l Po discende
per aver pace co' seguaci sui.
Amor ch'al cor gentil ratto s'apprende,
prese costui de la bella persona
che mi fu tolta, e 'l modo ancor m'offende.
Amor ch'a nullo amato amar perdona,
mi prese del costui piacer si forte,
che come vedi ancor non m'abbandona.
Amor condusse noi ad una morte:
Caina attende chi'n vita ci spense:
queste parole da lor ci fur porte."

"Mi tierra natal está asentada cerca del golfo á don-

(*) Francisca, hija del Sr. de Ravenna, mujer muy hermosa y contemporánea del Vate florentino, fué casada sin su consentimiento con Ludovico Malatesta, Sr. de Rimini, deforme de cuerpo. Sorprendiéndola éste en conferencia amorosa con Pablo Malatesta su hermano menor, cuñado de aquella, y les mató á entrambos.

de el Pó descende con su cortejo de afluentes en busca de la paz.

Amor, siempre dispuesto á cautivar los nobles corazones inflamó el mio por la bella persona que me fué arrebatada de un modo que todavía me hiere.

Amor, que no dispensa á ningun ser amado, de amar, tanto me enamoró de su amor, que aquí mismo como ves, jamás me abandona.

Amor, nos condujo á la misma muerte.

Caina (1) aguarda al que nos arrancó la vida. Así habló una de las dos afligidas sombras."

Da ch'io 'ntesi quell'anime offese,
chinaí 'l viso e tanto 'l tenni basso,
fin che 'l poeta mi disse: che pense?

Quando risposi, cominciai: oh lasso,
quanti dolci pensier, quanto disio,
menó costoro al doloroso passo!

Poi mi rivolsi a loro e parlai io,
e cominciai: Francesca, i tuoi martiri
a lagrimar mi fanno tristo e pio.

Ma dimmi: al tempo de' dolci sospiri,
a che, e come concedette amore,
che conosceste i dubbiosi desiri?

Cuando escuché su relato, permanecí largo tiempo, con el rostro inclinado, inmóvil: ¿qué piensas? díjome Virgilio.

Ay! — murmuré yo — cuantos dulces pensamientos, cuanto deseo les condujeron al doloroso paso!

Después, volvíme de nuevo hácia la pareja, diciendo: Francesca, tu martirio me llena de tristeza y de compasión y hace correr mis lágrimas.

Pero dime: por qué señales y cómo á la época de los dulces suspiros, Amor os dejó conocer los dudosos anhelos?

Ed ella a me: nessun maggior dolore,
che ricordarsi: del tempo felice
nella miseria; e ciò sa 'l tuo dottore. (2)

Ma se a conoscere la prima radice
del nostro amor tu hai cotanto affetto,
farò come colui che piange e dice.

Noi leggevamo un giorno per diletto
di Lanciotto come amor lo strinse:
soli eravamo e senza alcun sospetto.

Per più fiate gli occhi ci sospinse
quella lettura e scolorocci 'l viso:
ma solo un punto fu quel che ci vinse.

Quando leggemmo il disiato riso
esser baciato da cotanto amante;
questi che mai da me non fia diviso.

La bocca mi bació tutto tremante:
Galeotto fu il libro e chi lo scrisse:
quel giorno più non vi leggemmo avante.

Mentre ch'è 'l uno spirito questo disse,
l'altro piangeva sí, che di pietade
io venni men così com'io morisse,
e caddi come corpo morto cade.

Y ella me respondió: Ningun dolor mas grande que recordar en la desdicha el tiempo feliz. Tu docto maestro (Virgilio) lo sabe bien.

Pero puesto que desearas conocer el origen de nuestro amor, haré como aquel que llora y cuenta.

Nosotros leíamos un día por distracción las aventuras de Lanciotto y como Amor le venció. — Estábamos solos y sin sospecha alguna.

Muchas veces durante aquella lectura nuestros ojos se buscaron y nuestro rostro cambió de color: un solo pasaje decidió nuestra suerte.

Cuando el amante besa la anhelada sonrisa de su amada, éste, que nunca será separado de mí, la boca me besó todo tremante:

(1) Caina, una de las cuatro profundísimas prisiones, que fingió Dante para castigo de los que hacen traidores á sus parientes.

(2) Alusión á Virgilio *infandum regina jubeat renovare dolorem*.

El libro y su autor llegaron á ser para nosotros otro Galeotto (*), pero aquel día no leímos mas.

En tanto que una de las dos almas decía esto, la otra lloraba. En mi emoción sentíme morir, y así como cuerpo muerto cae.

A. T. y R.

[Continuad.]

ENTÓNCES, Y.... ¡AHORA!

Quando de tí, mujer, yo me apartaba
Allá, en tiempo que huyó,
Tu mejilla una lágrima surcaba;
Y con pena tu labio murmuraba
Un "¡no te vayas, nó!"

Hoy, cuando me separo de tu lado,
Tranquila me ves ir;
Me alejo lentamente, contristado;
Y en lugar de llorar, con aire hastiado
Te veo sonreír.

¿Porqué, pues, de una vez tú no me dices
"Adios, por siempre adios"?
Dí, y no más con fingir te martirices:
"Aquel lazo que un tiempo tan felices
Nos hizo, ¡ya no existe entre los dos!"

ANTONIO HERNANDEZ PEREZ.

HERO.

MONÓLOGO TRÁGICO.

Por ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

La escena, una playa de Grecia. A la derecha del actor un bosque, á la izquierda y fondo las rocas que forman la orilla del mar.

Preludio musical y luego

HERO (que sale con una antorcha por la izquierda.)

De Helesponto fatal hé aquí la orilla;
el bósforo cruel que me separa
de tí, dulce Leandro, por quien gime
la tierna Hero que te dió su alma.
Aquí te aguardo, sí, cual otras noches,
únicas horas que á mi lado pasas.
Esta fúlgida luz que ver anhelas
es á tus ojos luz de la esperanza.
Ella á través del frígido Helesponto
allá de Abydos en la opuesta playa,
te dice que aquí en Tracia está tu Hero
cual siempre amante y que tu amor aguarda.

(Coloca la tea en la roca mas alta.)
Oh! sí, vendrá. — Mi mente le imagina
á nado hendiendo las undosas aguas,
tocar su húmeda planta estas arenas,
y en su amorosa gratitud besarlas.

(Después de recorrer el bosque.)
Todo tranquilo está: solo está el bosque
y hundido en sombras, ni aun el ave canta;
duerme todo en redor y Sestos duerme,
mi querida ciudad, en dulce calma.
Allí miro mi templo solitario
do yacen las vestales mis hermanas
en sueño virginal, sueño tranquilo.....,
tranquilo habrá de ser: que ellas no aman!
Yo abandoné esta noche el fuego sacro
de tu divino altar, hermosa Diana.
Breves horas serán las que me aparte
de tu pira en el templo á mí fiada.
Mas no muestres tu faz, sublime diosa,
no mires, no, que abandoné tus aras
por un ardiente amor que, cual tú puro,
es negado á la fé que te jurara.

(*) Galeotto era el mensajero de amor entre Lancillotto y la reina Ginebra, mujer del rey Artur en el libro aludido.

(Al ver que alborea la luna hacia el fondo.)
No brilles, Diosa aún. — Deja que pueda
hollar Leandro tus risueñas playas!.....
Pero es vana mi voz, vano mi ruego
y comienza á brillar en las montañas.
¿Dónde me ocultaré? Oh! espeso bosque,
Ocúltame del cielo á las miradas!

(Se esconde entre los árboles y en seguida aparece de nuevo, aunque cautelosa y como queriendo evitar los rayos de la luna que va lentamente iluminando la escena sin mostrar su disco, si no lo permiten los recursos escenográficos.)

Pero habré de apagar aquella antorcha.
En presencia de Diana no osaría
recibir á Leandro. Amor perjuro
cuánto debe temer las sacras iras,
¿Porqué si el Hado á mi ventura adverso
con duros votos de vestal me liga,
á este seno infeliz, Vénus tirana,
diste el férvido amor que es mi delicia?
¿Tan dulce como fiera es la venganza
que ¡oh! Vénus, te inspiró mi apostasia?
Por el de Diana abandoné tu culto,
y la flecha que hallaste mas mortífera
clavada aquí en mi seno... ¡cuán aguda
abrió incurable la amorosa herida!
Frágil mi mano, ni osará arrancarla,
ni lo quiere tal vez, ni intentaría,
por mas que emponzoñada me la diste,
despejarla del mal que ya es mi vida.

(Pausa breve, y dirigiéndose á Diana que ofrece ya por completo su esplendor. Esto lo dice Hero sin mostrarse á la Diosa y como temiendo que ésta oiga sus palabras.)

¿Porqué de los amantes solitarios
la tristeza á calmar no vas divina?
Para amantes felices en la sombra
es, oh! Diana, tu luz fiera enemiga.
Tú el misterio les robas..... Oh! cuán bella
la noche oscura es, sombra benigna!

(Va esquivando la luz de la luna hasta llegar á la roca, de donde vuelve con la tea del mismo modo; pero los rayos de aquel astro le dan en el rostro, y sorprendida, deja caer la antorcha prosternándose asustada ante Diana.)

Perdon casta beldad! Mágica Diosa!
¿Nada pudo ocultarse á tus miradas?
¿Porqué á turbar viniste el pecho mío
que en amor ofensivo á tí se abrasa?
Mas, perdona mi voz, oh! reina altiva,
de zafiros y nácares ornada;
muy mas grata que el Sol y mas hermosa
que las estrellas á tu lado pálidas.
Perdóname la ausencia de tu templo,
perdóname mi amor y mis palabras!
¿Y no escondes tu luz y con dulzura
me miras, oh! deidad? Ah! mi plegaria,
ya que temor no inspiras, se convierta
de mi inocente amor en dulce plática.

(Se sienta en una roca.)

¿Cual yo en amor feliz no te abrasaste?
Al dormido Endimion en la alborada
sorprendiera tu luz, y allá en la gruta
de Latmos le ocultaste á las humanas.

(Pausa breve.)

De Flora la estación bella nacía,
y con ella mi amor, pues vino á Tracia
jóven griego cual yo, nobles ofrendas
á deponer sumiso ante tus aras.
El griego era Leandro, era amor mismo
que mi seno apresó con dulce garra.
Yo desde entonces en la sombra oscura
de la noche, feliz vengo á esta playa.
Cruza el bósforo audaz y..... ay! enemiga
sorprende nuestro amor la aurora rápida!
Me deja aquí su ser, y en mi suspiro
se lleva él á su vez toda mi alma!
Mas, qué miro! A mi amor, Diana, propicia
entre nubes ocultas tu faz grata?
Bendígote mil veces! (se levanta.) ¡Si habrá visto
mi Leandro la luz cuando brillaba!
Os bendigo también, nubes oscuras,

que venis á calmar mis tiernas ansias!
Benigno mar: tus aguas espumosas
mas que nunca serenas, la bonanza
ofrezcan á los brazos fatigosos
del amante que viene tras su amada!

(Comienza á desarrollarse gradualmente la tempestad. Breve armonía musical expresiva de este fenómeno; Hero se dirige al mar por entre las rocas en actitud de temor. A veces, durante la música, se oculta y vuelve á aparecer con creciente agitación. Al terminar la armonía, viene al proscenio para decir los versos que siguen)

¿Y qué es esto, infeliz? A mis oídos
llega extraño rumor..... El rúido viento
desátase veloz, mi frente azota
y agita resonando mis cabellos!
A su soplo, que crece trepabundo,
encrepase ya el mar de furias lleno.
Nubes y oscuridad mi amor pedía;
me das la tempestad!; Destino adverso!
Reina la noche, sí; mas, negras nubes
de luto y de vapor cubren el cielo,
y huyendo en torbellino amontonadas,
parece desquiciarse el firmamento;
parece que en su fuga temerosas
"huye triste mortal" pasan diciendo!
Con ellas ay! se van mis esperanzas
y el horrible temor viene á mi pecho!
Apídate de mí, Diosa querida!
El sacrilego amor mueve en mi seno
tempestad de temores mas horrible
que la que agita el mar y turba el cielo.
¿Engaño, Diana, fué tanta dulzura?
¿Qué castigo cruel! Mas, aún espero
que no surque Leandro el mar sañado.....
Acaso es mi temor sin fundamento.....
Quizá no vió la luz..... Ah! qué no venga!
No vengas mi Leandro, te lo ruego!
Que cuanto, te retenga en la otra orilla
el furor de los bravos elementos.

(Yendo hacia el mar y volviendo como lo indican los versos. Repite la orquesta algunos compases del trozo anterior para descanso de la actriz.)

El ponto crece mas y se agiganta
cual si escalar quisiera el alto cielo.
Las perlas de sus olas espumantes
mi frente bañan como helado cierzo.
El relámpago muestra el mar airado
y amedrenta mi ser el ronco trueno.
Allí Abydos está..... Nada mis ojos
hallan ansiosos en el mar inmenso!
Ah! Cielos! ay de mí!..... Noche profunda!
¿Qué terrible ansiedad!..... Allá muy lejos.....
Mas vé mi corazón! ay! que mis ojos!
Un relámpago! oh nubes!..... Nada veo!.....
Ah! él es, sí, él es! Piedad! oh Diana!
Su rostro percibí!..... Toda yo tiemblo!
¿Qué ansiedad! qué ansiedad! Hélo luchando
con el furioso mar..... Ay! yo prefiero
mil muertes á la lucha en que le miro.
Sin duda vióme el triste, y con empeño
redobla su nadar..... Sí; Bien amado,
llega, llega, que estoy por tí muriendo.
El eco de su voz en mis oídos
resuena con afán: me llama tierno,
es blasfemia quizá, quizá plegaria
que el amante infeliz dirige al cielo!
Oh! dulce imagen, á mi ansiosa vista
muéstrate aún otra vez!..... Y no le veo!
Luz, cielo, aunque la luz del rayo sea!
anonádeme aquí, mas verle anhelo!
Nada mis ojos ven entre las ondas!
Ah!; qué horror! se abismó! Ya nada espero!

(Déjase caer con el mayor abatimiento.)

(Acordes fuertes. Cesa la tempestad y comienza á serenarse el cielo; por último, como lo indica el monólogo, brilla la luna en todo su esplendor. La música debe marcar esta transición de la borrasca á la calma, y Hero en tanto, volviendo á la acción, dice los versos que siguen)

Sitios, ay! do se vieron nuestros ojos,
do nació nuestro amor, donde la aurora
hallóme, por no verle, suspirando;

do gimiendo anhelé las gratas sombras;
que escuchásteis mi voz y su voz blanda
en diálogos de amor, en dulces glorias!
Campos do miro aún la viva huella
del tierno amante que mis ojos lloran!
Téstigos aún ayer de mi ventura,
indiferentes hoy á mis congojas!
Adios oh! Diana, ya tan inclemente
con tu pobre vestal!

(Con extrañeza.)

Vuelves ahora
á mostrar tu esplendor? Cobra la esfera
su purísimo azul? La calma torna?
¿Por dañarme no mas se agitó el viento
y el ponto sin piedad crespo sus olas?
Si adversa tempestad fieros me disteis,
esa páfida calma, ¿qué me importa?
La vida no es amable á quien la muerte
sañuda todo bien de un golpe roba.
Mi ser toda bonanza ya desprecia,
y arbela tempestad asoladora!.....
Tu soplo aún otra vez desencadena
maldecido aquilon; bullan tus ondas
Helesponto infernal. La triste Hero
allá en tu abismo buscará al que adora!
Si apartarnos quisiste, ¿imaginabas
que yo no le siguiera? Si tal obra
no pensaste cumplir..... Ah! ¿por qué injusto
de las dos te llevaste un alma sola?
Dos sepulcros abrid, ondas feroces!
Me robais una vida? Os doy la otra!!
(Se precipita en el mar desde la roca mas alta.)

CAE EL TELÓN.

ERCIILLA.

Por Don José Amador de los Rios.

La epopeya es, en nuestro concepto, la poesía de la humanidad: así como la lírica expresa un sentimiento individual, un sentimiento apasionado, así como la dramática revela el de una ó mas familias, tal vez el de una ciudad, así también la poesía épica en escala superior sirve para solemnizar los grandes desastres y venturas del hombre rei, señalando los pasos que éste dá en su difícil peregrinación sobre la tierra. Homero cantó la destrucción del imperio asiático, cuya cabeza era Troya: Virgilio la fundación del imperio europeo que había de dominar al mundo desde el Capitolio. El gran poeta de Smirna presentó en su inmortál creación el estado comparativo de dos civilizaciones: la asiática, fastuosa, espléndida y afeminada al par, y la griega sencilla, vigorosa y llena de vida y de brillantes esperanzas. Los cantos de Homero fueron justificados por la historia, pasando á las islas del Archipiélago la civilización de aquellos pueblos, para aparecer mas rica y floreciente. — No se halla Virgilio en igual caso, y sin embargo, preciso es confesar que llenó no pocas condiciones de la epopeya. Pero entre estos célebres poetas y los cantores cristianos que han empuñado la trompa épica, han quedado en el olvido dos grandes acontecimientos que hubieran podido dar el tono á la epopeya de las modernas sociedades, habiéndose roto por tanto la unidad de la *historia poética* del hombre.

La destrucción del imperio romano por Atila, aquel terrible azote impuesto por la mano del Omnipotente á las naciones antiguas para castigar sus crímenes, hubiera sido asunto digno y propio del poema épico, así como la fundación del imperio germánico por Carlo-Magno habría también servido para solemnizar la restauración de la sociedad, á quien ya era insoportable el yugo de la tiranía y de la ignorancia. Esos dos hombres extraordinarios, destruyendo el uno y reedificando el otro, con sus opuestos instintos, con su universal influencia en la historia del mundo, son altamente dignos, en nuestro juicio, de la epopeya cristiana, cantando los acontecimientos cuyo principal móvil fueron, acontecimientos que pueden en ellos



personificarse, hubiera quedado, pues, lleno el vacío que se advierte en la historia, considerada bajo importante aspecto, y se hubiera dado al mismo tiempo el tono á la musa de las naciones que debieron su nacimiento á la ruina del imperio de los Césares y á la invasión de los pueblos del norte.

Mas la poesía épica tomó distinto rumbo, descendiendo á hechos parciales, y por éstas razones los poemas modernos han aparecido á nuestros ojos tan pequeños y de tan limitadas dimensiones, no hallando entre Homero y el Tasso, entre Virgilio y el Dante la gradación natural, ni los puntos de contacto que los grandes ingenios guardan entre sí, al sentirse animados por un pensamiento mismo. Así, pues, no extrañemos el que la Europa moderna se lamenta en vano de la falta de un poema épico con todas las condiciones que hemos fijado, ni el que hayan sido casi siempre inútiles sus esfuerzos para producirlo. Cuando el Dante levantó su voz atronadora en medio de las tinieblas que rodeaban á la Europa, cuando el Tasso adoptó por argumento de un poema la libertad de Jerusalem, muy cercanos estuvieron de este pensamiento. Apelando el Dante á otro mundo, y poniendo en juego solamente espíritus, pareció renunciar á la humanidad y como consecuencia precisa, al galardón de la epopeya. El Tasso, arrancando el velo á la civilización de Oriente, y poniendo al frente de la Europa, logró algo mas, logró producir una excepción honrosa para la literatura italiana; logró hacer un poema.

Bajo estos principios llegamos, pues, á juzgar la poesía épica española: no es culpa de los poetas, nuestros compatriotas, el no haber producido una epopeya, ni creemos tampoco que puede decirse con algunos críticos extranjeros que carecemos de cabeza épica. — El mal está en que se equivocó desde luego la senda que debia seguirse, siendo infructuosos por esta causa todos los esfuerzos hechos en semejante empeño. — Si fuéramos á poner aquí el catálogo de los poemas que en los siglos XVI y XVII se escribieron en España, no hay duda que se admirarian nuestros lectores de que tantas tareas no hayan podido dar por fruto una verdadera epopeya. — Brillantes cuadros, descripciones llenas de vigor y de vida, invención, fecundidad, valentía y acierto en la pintura de los personajes, todas estas dotes, todas estas cualidades, necesarias para el poeta épico, se encuentran con abundancia, y sin embargo ninguna de aquellas obras es perfecta, ninguna puede ofrecerse por modelo.

Esto mismo sucede, pues, con la Araucana, poema, debido á D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, que el patriotismo de unos ha considerado como una concepción sublime, mientras la fria crítica de otros ha encontrado tal cúmulo de lunares, que quedan oscurecidas completamente las bellezas. Los que han juzgado de este modo, han perdido indudablemente de vista que Ercilla no se propuso, ni pretendió dar á su obra el carácter propio de la epopeya; y queriendo ajustar su crítica á los principios reconocidos como leyes de esta, han tenido que ir necesariamente mas lejos del punto á donde debían haber llegado. Nosotros, que deseamos ser imparciales, fijado ya el terreno á donde debe llevarse esta cuestión, nos proponemos decir del modo que apreciamos la Araucana, no sin dar ántes algunas noticias de su ilustre autor.

La corte de España, que tiene la gloria de haber sido madre de otros muchos esclarecidos ingenios, fué pues cuna de Don Alonso de Ercilla, á quien algunos pretenden hacer natural de Bermeo, de donde era oriundo. — Nació el 7 de Agosto de 1533, segun unos, y segun otros escritores en 1540, siendo la primera opinion la mas autorizada. Sus padres, Don Fortun Garcia de Ercilla, y Doña Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla y guarda-damas de la emperatriz Doña Isabel, gozaban de una posición brillante en la corte de Carlos V, por lo cual se crió Don Alonso en palacio en calidad de paje ó menino. Muy jóven era cuando se vió obligado á acompañar al príncipe Don Felipe á Italia, á los Países-Bajos, y últimamente á Inglaterra, á donde habia pasado con ánimo de verificar su matrimonio con Doña María, heredera de aquel reino. La insurrección general de los estados de Arauco, en Chile, fué para Don Alonso un fuerte incentivo de gloria, resolviéndose á dejar el servicio personal de Don Felipe para ir á pelear en defensa del Rey de España en sus dominios del Nuevo-Mundo. Veinte y un años contaba el valeroso

Ercilla cuando ciñó por vez primera la espada, embarcándose para el Perú con Don Gerónimo de Alderete, capitán de gran corazon y renombre, á quien se habia encargado la pacificación del rebelde Valle. La muerte de D. Gerónimo, ocurrida cerca de Panamá, llenó á Ercilla de desconsuelo, si bien no le hizo retroceder en su propósito, encaminándose á Lima, en donde informó al virrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, del fallecimiento del adelantado. Habia crecido entre tanto el fuego de la insurrección, logrando los araucanos, cuyo gobierno tenían diez y seis caciques ó almenas sujetos sin embargo á un jefe supremo, formar un cuerpo de caballería, y aprender el ejercicio de las armas de fuego, si bien no habian descubierto el arte de hacer la pólvora. — Su indómito valor, su admirable disciplina, y sobre todo el convencimiento en que estaban de alcanzar mejor vida si morían á manos de sus enemigos, daban una importancia sin límites á este levantamiento. El Marqués de Cañete, deseoso de ahogarlos ántes de que se hiciera un mal contagioso, dispuso que su hijo Don García, nombrado capitán general de Chile, partiese en busca de los insurrectos, en cuya expedición tomó parte desde luego Don Alonso, viéndose realizarse de este modo sus caballerescos ensueños.

Dióse, pues, principio á aquella lucha tenaz y sangrienta que habia de estremecer los valles, y engrosar los rios con la sangre de los combatientes, cabiendo á Don Alonso la fortuna de presenciar tan singulares batallas, no habiendo habido escaramuza en donde no se encontrara, como refiere el mismo en estos versos:

Pisada en esta tierra no han pisado
que no haya por mis piés sido medida;
golpe sin cuchillo no se ha dado
que no diga de quien es la herida.

A vista de aquella naturaleza tan distinta de la europea, de aquel caprichoso clima, en donde en breve término se sienten los efectos de un calor ardiente y de un frio intenso; á vista de aquella vegetación rica y variada, de aquellos pintorescos paisajes; y finalmente á vista del arrojo increíble de los araucanos y del valor ejemplar de sus compatriotas. Ercilla experimentó inusitadas sensaciones, y concibió en consecuencia el deseo de pintar lo que pasaba delante de sus ojos. La narración fria y concienzuda del historiador no era bastante á manifestar el entusiasmo de que se sentía inspirado, y Don Alonso fué poeta. En medio de los peligros y fatigas de una guerra sin tregua ni descanso, en un país salvaje en donde pasaba los días y las noches al raso, en donde carecía de toda clase de recursos, escribiendo en pedazos de cuero hallados en las cabañas de los enemigos, en fragmentos de pergamino, en cortezas de árboles, ó en papeles en que apenas cabían seis renglones, acometió la empresa de transmitir á sus compatriotas y á su posteridad aquellos memorables sucesos.

Tomando ora la pluma, ora la espada.

Así compuso los quince cantos que forman la primera parte de su poema. A los nueve años de su partida para América, cuando apenas frisaba en los treinta de su edad, se restituyó á España en donde publicó aquella primera parte, pensando borrar de este modo el mal efecto que habia causado la penitencia que tuvo en Chile con otros caballeros, la cual pudo haberle costado la vida, puesto que estuvo sentenciado á ser degollado publicamente. No produjo en el ánimo de Felipe II el efecto que Ercilla esperaba la Araucana, si bien le dirigió una reverente dedicatoria; y deseando probar nuevamente fortuna escribió la segunda parte, comprendiendo en ella la relación de los acontecimientos mas notables del reinado de aquel monarca, y dándola á luz en 1578. Desposóse entretanto con Doña María de Bazán, vástago ilustre de la familia de los duques de Sta Cruz, teniendo al cabo la honra de ser nombrado gentil-hombre de palacio y hecho caballero de Santiago, pasando por último al servicio del emperador Rodolfo II, no sin haber dado á la estampa en 1589 la tercera parte de su poema.

(Continuará.)

Establecimiento Tipográfico de Gonzales.